

Discurso ante la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española

Cecilia Pilar
Presidenta de Manos Unidas

Eminentísimos y reverendísimos cardenales, excelentísimos y reverendísimos arzobispos y obispos, muy buenos días.

Ante todo, quiero darles las gracias por permitirme estar hoy aquí, en el día de Santa Cecilia patrona de los músicos y los poetas a la que pido me ilumine como presidenta de Manos Unidas, para hablar de esta gran Asociación, que tan orgullosamente presido desde hace más de dos años y que forma parte de mi vida desde mucho antes, desde 2009.

Espero que hayan descansado bien esta noche, porque a mí la responsabilidad de presentarme ante ustedes como timonel de este “buque insignia de la solidaridad” de la Iglesia Católica –así nos definió monseñor Omella cuando en el año 2010 nos concedieron el “Premio Príncipe de Asturias de la Concordia”- me produce un cierto vértigo, la verdad. Porque hoy represento a los miles de personas que, cada año, desde hace ya más de seis décadas, depositan su confianza en la labor de la organización que presido como canalizadora de su generosidad hacia nuestros hermanos empobrecidos, que claman por la justicia y la dignidad más allá de nuestras fronteras.

Les confieso que llevo semanas preparando esta intervención. He estado tentada de hacer un discurso más técnico o de contarles esa bonita historia que comenzó con esa declaración de guerra contra el hambre, con la que las mujeres de la Acción Católica de España sembraron la semilla de lo que hoy es Manos Unidas: “La Asociación de la Iglesia Católica en España para la ayuda, promoción y desarrollo en los países en vías de desarrollo, según acuerdo tomado por la Conferencia Episcopal Española en su XXIX Asamblea Plenaria, de 19 a 24 de junio de 1978” ... Una Asociación pública de fieles, que en su doble vertiente es también “una Organización no Gubernamental para el Desarrollo (ONGD), de voluntarios, católica, seglar, sin ánimo de lucro y de carácter benéfico”.

Pero, después de darle muchas vueltas, he pensado que el que debe hablar es el corazón. Porque la historia de Manos Unidas, la asociación que me honra presidir es, sobre todo, una historia escrita con el corazón y con el alma. Un camino trazado con las enseñanzas del Evangelio, que está en el centro de todas nuestras acciones, y con la vocación de hacer visible la caridad, la solidaridad y la justicia.

Un camino que discurre desde nuestras 72 sedes diocesanas, donde ustedes tienen un papel fundamental - que agradecemos de corazón-, hasta los lugares más recónditos de nuestro planeta allí donde, como dijo una vez nuestro querido Julián del Olmo, anterior director del programa “Pueblo de Dios”, no llega “ni el más famoso de los refrescos de cola”.

Lugares en los que, sin embargo, si puede encontrarse y sentirse la labor misionera de la Iglesia católica. De nuestros más de 500 socios locales: congregaciones religiosas y misioneros, Cáritas locales, Servicios diocesanos de acción social, asociaciones laicales nacidas de muchas congregaciones, que son nuestras manos y nuestros ojos en el terreno... Y sin los que sería imposible llevar a cabo la misión de acabar con el hambre y la pobreza que nos encomendaron nuestras fundadoras.

En esos lugares a los que me refiero, donde Manos Unidas lleva a cabo sus proyectos, surge el clamor de los millones de personas por las que trabajan los casi 6.500 voluntarios de Manos Unidas. De los más pobres entre los pobres, de los “descartados”, de los “sobrantes”, de aquellos que no ocupan titulares y ante los que, generalmente se muestra la más absoluta de las indiferencias. Un grito, que, como nos recordaba el papa Francisco en el mensaje de la jornada mundial de los pobres del año pasado, se ve silenciado por la llamada al bienestar que “sube cada vez más de volumen”.

Pero gracias a Dios, desde que nuestras fundadoras declararon la guerra al hambre; a las tres hambres: de pan, de cultura y de Dios, cientos de miles de personas se han hecho eco de esa llamada y han contribuido con su esfuerzo, con su trabajo y con su apoyo económico a mejorar la vida de millones de personas. A mejorarla, o a cambiarla de manera radical.

Porque, y permítanme que me refiera de nuevo al Santo Padre, y a su Encíclica Fratelli Tutti, que es casi como un libro de cabecera en Manos Unidas –igual que los son encíclicas de sus predecesores como “Deus caritas est”, de Benedicto XVI, “Sollicitudo Rei Socialis”, de San Juan Pablo II o la “Populorum Progreso” de San Pablo VI, dice Francisco en Fratelli: *“la pobreza no es una fatalidad, sino un desafío que debe interpelarnos y movilizarlos”*, y son muchos los miles de personas que se ven interpeladas por los que sufren hambre y sed en lugares lejanos. Personas que también son nuestros hermanos, aunque estén lejos y aunque nuestros medios de comunicación no les dediquen siquiera un pequeño espacio en sus portadas.

Esa falta de información y ese manifiesto desinterés hacia lo que sucede más allá de nuestras fronteras –salvo que nos afecte de manera directa, sobre todo en el plano económico- es lo que dificulta cada vez más nuestro trabajo. A pesar de ello, no cejamos de llevar nuestra labor de Educación para el Desarrollo, nuestras campañas anuales y nuestra denuncia, a todos los rincones de España.

Nuestra capilaridad, el estar presentes en todo el territorio nacional, a través de nuestras delegaciones diocesanas, grupos parroquiales y de nuestras más de 500 comarcales, y el trabajo de nuestros miles de voluntarios hacen que nuestro mensaje llegue. Pero necesitamos más. Mucho más. Porque el hambre de 733 millones de personas nos pide a voces denuncia y acción.

No puedo permitirme continuar esta intervención sin referirme a los duros tiempos que estamos viviendo en España este último mes. El paso de la DANA por Levante nos ha sobrecogido y llenado de pesar. Nuestro corazón y nuestras oraciones están con los afectados por esta tragedia y desde Manos Unidas hemos hecho un donativo extraordinario a Cáritas, nuestra organización hermana, para hacer frente a los daños ocasionados por las riadas.

Pero, más allá de ello, esta terrible desgracia me ha hecho también reflexionar. Mientras la solidaridad llegaba a Valencia desde todos los rincones del país, en Nigeria la rotura de una presa por la lluvia causaba más de 1.000 muertos. Y nada se supo.

Y en este mes, miles de niños habrán muerto de hambre o por enfermedades prevenibles. Y tampoco se habla de eso...

Estas lluvias torrenciales me han hecho recordar otros desastres naturales en los que estuvo y está Manos Unidas. El huracán Mitch en Centroamérica; el tsunami en el sudeste asiático; el terremoto de Haití; las terribles sequías en el Cuerno de África y en el Sahel; las inundaciones que cada año se cobran cientos de vidas en la India... Manos Unidas acude a las llamadas de los damnificados y responde con proyectos e iniciativas de emergencia y de acción humanitaria... Y permanece después, cuando cae el telón y desaparecen los medios de comunicación. Cuando los afectados intentan retomar su día a día, seguimos allí acompañando, apoyando y reconstruyendo vidas rotas.

Y los hacemos gracias al apoyo de nuestras decenas de miles de socios y colaboradores, de grandes y pequeñas empresas, organismos e instituciones oficiales, colegios, universidades, herencias y legados... Y parroquias... En 2023, Manos Unidas recaudó casi 47,5 millones de euros, de los cuales 7,5 millones provenían de esta última partida, la colecta imperada de las parroquias. Como saben, cada año, el segundo domingo de febrero, el día de nuestra Jornada Nacional, la Iglesia destina lo recaudado en las parroquias de España a la labor de Manos Unidas.

Como presidenta de Manos Unidas, agradezco este gesto generoso que la Iglesia tiene con nuestra asociación todos los años. Pero, aunque nuestro entusiasmo no decae, sí lo hacen los fondos que recibimos. Y bien sabemos todos que son muchas las parroquias que no cumplen el mandato. Por eso, necesitamos su colaboración para que las aportaciones con las que los feligreses quieren apoyar nuestro trabajo lleguen realmente a su destino. Porque, aunque nuestros socios y colaboradores se mantienen fieles a nuestra causa, desgraciadamente, el número de personas que pasan hambre no deja de aumentar

Por eso, desde aquí, me atrevo a pedirles su colaboración activa para que Manos Unidas esté presente en las parroquias, a lo largo del año, más allá del segundo domingo del febrero. Son muchas las actividades que realizamos –cenas del hambre, mercadillos, charlas...- y muchísimo el entusiasmo que ponemos para llevarlas a cabo, pero hay muchas de nuestras delegaciones, sostenidas por voluntarios con una encomiable vocación de ayuda, pero con pocos recursos humanos para llevarla a cabo.

Manos Unidas requiere de su liderazgo y de su testimonio para poder seguir transformando vidas. Como he dicho, necesitamos un mayor acompañamiento en algunas de nuestras delegaciones. Y pedimos a voces una presencia más continuada de los jóvenes en las actividades que promovemos. Conscientes de que nuestra base social envejece y los jóvenes son la mejor alternativa para poder continuar con nuestra labor, hemos elaborado y puesta en marcha una estrategia para el voluntariado joven. Porque en la juventud tenemos puestas nuestras esperanzas. Quizá ahí puedan ustedes aportar su consejo y sus habilidades... Pero, como no todo es pedir, también tengo que decirles que Manos Unidas ha puesto en marcha un plan de digitalización con el que queremos entrar de lleno en el siglo XXI.

Quiero terminar refiriéndome a Jesucristo, a Aquél que guía todas nuestras acciones. “Dadles vosotros de comer”, dijo Jesús a sus discípulos ante la muchedumbre hambrienta que le escuchaba... Y obró el milagro de la multiplicación de los panes y los peces.

No voy a ser tan soberbia de afirmar que Manos Unidas hace milagros, pero sí lleva 65 años dando de comer al hambriento y de beber al sediento. Sí acogemos al peregrino y visitamos y acompañamos al enfermo...

Y a las mujeres, a los niños, a los ancianos, a comunidades indígenas y campesinas, a quienes cada día se acuestan con el pellizco del hambre agarrado a sus estómagos, a las víctimas de la trata de personas, de la guerra...

Y lo hacemos con los centenares de proyectos que ven la luz cada año –en la última década han sido casi 5.500 las iniciativas que hemos puesto en marcha-, con nuestra labor de cooperación al desarrollo en más de 50 países y con nuestra tarea de sensibilización, denuncia y concienciación en España.

Manos Unidas lleva 65 años dando peces y enseñando a pescar. Nuestros proyectos dotan a los más empobrecidos de las herramientas necesarias para poder llevar esa vida digna que, como hijos de Dios, a todos nos corresponde. Y, también, intentan combatir las políticas y estructuras injustas que impiden que esa pesca llegue a buen puerto.

Hoy estoy aquí para contarles lo que somos y lo que hacemos. Y para pedirles que no dejen de acompañarnos en la lucha contra el hambre y la pobreza.

Hace 65 años que un grupo de mujeres de la Acción Católica de España declararon la guerra al hambre en el mundo y lo hicieron porque creían que la victoria era posible. Yo soy la decimocuarta presidenta de Manos Unidas. Antes de mí fueron muchas las mujeres que creyeron que acabar con el hambre era posible. Y, todavía detrás de mí vendrán otras tantas que enarbolarán, con el mismo orgullo que todos los que formamos la familia de Manos Unidas, la bandera de la lucha contra el hambre.

Y porque sabemos que la victoria es posible, mantenemos intacta nuestra esperanza. Porque, como asegura el Papa: “Así es la esperanza, sorprende y abre horizontes, nos hace soñar lo inimaginable, y lo realiza».

Gracias, de corazón, por acompañarnos en este camino de esperanza.

Gracias por su tiempo y por la oportunidad de compartir con ustedes el trabajo que realizamos desde Manos Unidas. Sigamos caminando juntos, como Iglesia, hacia un mundo más justo y fraterno.

¡Ojalá!